

Carlos Pazos La galería Presenta muestra en Girona sus obras

Cajas, cosas

ANTONI F. SANDOVAL

Él mismo se define como un acumulador de objetos y afirma que no es artista vocacional y dotado, sino que es artista por voluntad, por decisión, que tiene la pretensión de convertirse en alguien "radicalmente inútil". Dice que su dedicación al arte obedece simplemente a un intento de supervivencia social y emocional. Y sin embargo, Carlos Pazos (Barcelona, 1949) ha recibido en tan sólo cuatro años dos grandes reconocimientos por su trabajo: el Premio Nacional de Artes Plásticas de 2004, que concede el Ministerio de Cultura, y el Premi Nacional de les Arts, de la Generalitat de Catalunya.

Este artista inclasificable, al que el Museo Reina Sofia de Madrid

Carlos Pazos
Pazos escondidos
GALERIA PRESENTA
GIRONA

Nord, 13
Tf. 972-22-65-88
Hasta el 5 de diciembre



no había comprado ni una sola obra hasta el año pasado y de cuyo arte se ha dicho que se nutre de fuentes como el *ready-made* de Duchamp, el pop art de Warhol o la tradición surrealista, muestra ahora y hasta el 5 de diciembre en la galería Presenta de Girona una colección de sus collages y cajas de recuerdos.

En sus trabajos, Carlos Pazos incorpora esos objetos, de las más diversas procedencias y características, que ha ido acumulando de forma casi compulsiva y masiva a lo largo de los años. Una ambición coleccionista –aunque él no se defina como tal– que ha motivado que el artista haya tenido que cambiar recientemente la barraca de pescadores de la localidad francesa de Colliure donde se afincó hace dos décadas por una antigua fábrica de conservas de pescado de ese mismo municipio, mucho más espaciosa y donde podrán tener cabida todos los cachivaches que Pazos posee, incluidos los del estudio de Barcelona, que aún conserva. |

Imagen de la galería Presenta de Girona, en la que se exponen collages, cajas y objetos de Carlos Pazos
FOTOGRAFÍA DE JORDI RIBOT

Espacios

Reflexión

Lugares

JOAN NOGUÉ

Vamos a y venimos de. Nos movemos y nos desplazamos de un lugar a otro. Continuamente. A pie, en coche, en metro, en tren, en avión. A diestro y siniestro nos guían señales de todo tipo que marcan la ruta, el camino que seguir para llegar a un lugar, a otro lugar. Los mapas y los planos de la ciudad fijan la memoria de los lugares y a ellos acudimos cuando nuestros personales mapas mentales son incompletos y no nos sirven para orientarnos, para llegar donde deseamos llegar. Por otra parte, necesitamos localizarnos en todo momento. Incluso antes que el típico "¿cómo estás?" o "¿qué haces?", millones de usuarios del teléfono móvil preguntan por la localización de su interlocutor nada más responder este a la llamada.

"¿Dónde estás?" es una pregunta en apariencia irrelevante en la inmensa mayoría de los casos, puesto que no nos solemos telefonar para conocer, simplemente, dónde está el otro. Y, sin embargo, no es una pregunta superflua o de pura cortesía, como cuando nos interesamos unos segundos por el estado de salud de quien nos escucha, antes de entrar en materia e ir directamente al grano. Es más que eso: es como una necesidad existencial de localizar a la otra persona en el espacio geográfico, de tenerlo situado en un lugar concreto. Por un lado nos atrae el anonimato geográfico inherente (de momento) al móvil, pero, por otro, nos angustia la *ilocalización*, la sensación de estar hablando con alguien al que no podemos ubicar. La virtualidad no ha eliminado las ancestrales coordenadas geográficas, aunque sean menos tangibles y más vaporosas: lo virtual no es, para nada, *ageográfico*, sino todo lo contrario. Y estas siguen ahí porque los lugares continúan fijando y concretando nuestras dos dimensiones existenciales básicas: el espacio y el tiempo.

En los lugares vivimos un tiempo y un espacio concretos; habitamos, en el sentido heideggeriano del término, una porción de la superficie terrestre, de dimensiones y escalas muy variadas. Unas son realmente minúsculas y aparentemente insignificantes por su tamaño y cotidianidad: nuestra casa, una cafetería, una plaza, una esquina entre dos calles. "La felicidad está en la esquina de una librería", afirma Juan Cruz, y así es, tanto por la esquina como por la librería. Las esquinas de la ciudad, como otros tantos ínfimos rincones de

ella misma de aspecto anodino, pueden convertirse en lugares llenos de significado que encarnan la experiencia y las aspiraciones de la gente, evocan recuerdos y expresan pensamientos, ideas y emociones varias. El espacio geográfico, incluido el urbano, no es un espacio geométrico, topológico: es, sobre todo, un espacio existencial, conformado por lugares cuya materialidad tangible está teñida, bañada de elementos inmateriales e intangibles que convierten cada lugar en algo único e intransferible. La geografía humana contemporánea, con maestros de la talla de un Yi-Fu Tuan al frente, sigue empeñada en averiguar precisamente eso: cómo los seres humanos crean lugares e imbuyen de significado al espacio geográfico y cómo se genera el sentido de lugar.

La cuestión no es baladí y está llena de contradicciones y de paradojas. Quizá influidos en exceso por el éxito del concepto de *no-lu-*



gar de Marc Augé, sin duda atractivo pero algo equívoco, hemos dado por supuesto que en dichos no-lugares no pueden producirse densas relaciones sociales que los conviertan, al menos para unos determinados colectivos, en *lugares* de encuentro e identificación, con capacidad para estimular imaginarios y representaciones culturales, para convertirse en centros de experiencia y significado; para devenir, en definitiva, lugares en el sentido existencial y fenomenológico del término. El citado Tuan, que se refirió a los no-lugares casi veinte

años antes que Marc Augé, ya advirtió en su momento de los riesgos de una concepción excesivamente morfológica, arquitectónica, visual y esteticista de dicho concepto. Y también se expresó en términos parecidos –aunque a menudo se olvidó– el fundador de la revista norteamericana *Landscape*, John Brinckerhoff Jackson, quien consideraba que el sentido de lugar del americano medio no depende tanto de la arquitectura o de una estructura física y urbana determinada, sino que este se apoya más bien en el sentido del tiempo, en la recurrencia de ciertos eventos y celebraciones que dan continuidad y seguridad a una comunidad, por banal que sea el entorno físico que la envuelve.

Una perspectiva que conecta en buena medida con las propuestas planteadas recientemente por autores como David Kolb (*Sprawling Places*, 2008), quien propone entender los lugares como *places-where-we-do-something*, más que como *places-where-something-is*, idea que desarrolló con acierto hace pocos meses, en Santiago de Compostela, el geógrafo Jacobo García Álvarez en el marco del seminario *Crear cultura, imaginar país*. Es más, puede incluso que el sentido de lugar no emane sólo de relaciones prolongadas y estables

mos treinta años. Benning ha explorado estos supuestos no-lugares y ha sabido captar, como nadie, su poesía.

Más allá de estos lugares tan minúsculos, tan concretos, existen otros lugares, otros rincones del espacio geográfico de mayor escala de los que también nos sentimos parte integrante. El abanico es aquí inmenso: el pueblo, el barrio, la ciudad, un valle, una comarca, una región entera. Estos lugares son fundamentales porque actúan a modo de vínculo, de punto de contacto e interacción entre los fenómenos globales y la experiencia individual. Es en estos lugares donde se materializan las grandes categorías sociales y donde tienen lugar (valga la redundancia) las interacciones que provocarán una respuesta u otra a un determinado fenómeno social. Es sorprendente, pero lo cierto es que, en vez de disminuir el papel de los lugares, la internacionalización y la integración mundial (lo que habitualmente entendemos por globalización) han aumentado su peso específico. Estamos asistiendo a una clara revalorización del papel de los lugares en un contexto de máxima globalización, así como a un renovado interés por una nueva forma de entender el territorio que sea capaz de conectar lo local con lo global. Defi-



Las películas de James Benning exploran los 'no-lugares' y han sabido captar como nadie la poesía de estos espacios. Fotograma del filme 'One Way Boogie Woogie / 27 years later', de Benning

con un emplazamiento físico, sino que quizá pueda adquirirse también a través de experiencias móviles, itinerantes, transitorias e incluso efímeras.

Si así fuere, Edward Relph, geógrafo canadiense, tendría toda la razón cuando defendió en su momento la idea de que las localizaciones permanecen, pero los lugares cambian. Algo de eso percibo en *27 Years Later*, la última y excelente producción cinematográfica de James Benning, uno de los grandes directores del cine independiente norteamericano de los últi-

nitivamente, aunque el espacio y el tiempo se hayan comprimido, las distancias se hayan relativizado y las barreras espaciales se hayan suavizado, los lugares no sólo no han perdido importancia, sino que han aumentado su influencia y su peso específico en los ámbitos económico, político, social y cultural. He ahí un motivo de esperanza ante la impotencia que produce la imposibilidad de controlar (al menos hasta el presente) determinados fenómenos de ámbito global, como los que han provocado la actual crisis financiera y económica. |

Reverberaciones



LOPE SERRANO

La construcción del héroe

JORDI BALLÓ

¿Deben los médicos avisar obligatoriamente a los padres antes de practicar un aborto a una chica menor de 18 años? Estas cosas también se votan el día de las elecciones presidenciales, en el estado de California. En esta proposición, la 4, ha ganado el "no", es decir, los que pensaban que no todos los padres son tan comprensivos como los de la película *Juno*. También se ha votado la proposición 8, promovida por grupos religiosos que pretendían acabar con la ley que permite el matrimonio homosexual en el estado. Y estos lo han conseguido, lo que ha sumido a mucha gente en un estado de perplejidad, y no sólo a las dieciséis mil parejas ya casadas legalmente. Porque tras el entusiasmo de las primeras horas y días por el nuevo orgullo americano después de la elección presidencial, este retroceso en los derechos adquiridos de las minorías duele, mucho más allá de los implicados. Esto se me confirma cuando entro en la universidad y me topo con una concentración de estudiantes que protestan airadamente por esta regresión. ¿Puede una mayoría simple decidir sobre los derechos civiles de una minoría?

Esta sensación agrídulce, que mezcla la alegría del "Yes, we can" con la permanencia de valores tradicionales, se produce pocos días antes del estreno comercial de la película *Milk* de Gus Vant Sant. ¿Y de qué trata *Milk*? Pues de la construcción de un mito heroico. *Milk* fue un militante de la causa homosexual que logró ser elegido representante de su barrio en el Ayuntamiento de San Francisco y desde allí promovió iniciativas en pro de la igualdad de derechos. Esta actitud provocó que recibiera amenazas de muerte. Hasta que al final la sentencia se cumplió, en manos de otro concejal, Dan White, que el 27 de noviembre de 1978 asesinó primero al alcalde Moscone y después a *Milk* en sus despachos del ayuntamiento. La ira de la comunidad homosexual aumentó tras el veredicto exculpatorio contra White, que redujo su pena hasta sólo seis años de cárcel, y motivó una noche de violencia y movilización conocida aún ahora como *The White Night Riots*. Tras todo ello la comunidad homosexual se hizo visible en el espacio público y en el legal.

Voy a la Harvey Milk Plaza, en San Francisco, en el distrito de Castro, que entroniza su memoria, donde ondea una bandera con el arco iris. El alcalde de la ciudad promete que el Ayuntamiento actuará contra la decisión estatal. Y la voz de *Milk* resuena, y no sólo en las pantallas.